
Documento para el debate

Magia y posmodernidad en Cuba

Rafael Duharte Jiménez

*Casa del Caribe
Santiago de Cuba*

El pueblo cubano posee una visión mágica del universo que se ha alimentado de fuentes muy diversas: sesenta y cinco siglos del mundo aborigen, cuyo testimonio animista fue transmitido por vía oral a lo largo de trescientos años de convivencia entre indios, españoles y africanos; el río de magia que trajeron consigo las culturas africanas; los mitos, supersticiones y leyendas de la España medieval y las Islas Canarias, de los cuales eran portadores castellanos, gallegos, andaluces y canarios, entre otros.

Los tres siglos que duró el proceso formativo del "hombre y la mujer de la tierra" que luego se metamorfosearían en cubanos; fueron un aquelarre entre antiquísimas creencias arauacas, congas, bantúes, gallegas y canarias; un mundo de cemíes, orichas, migas y brujas que luchan entre sí, negocian y se hermanan en una nueva y originaria visión del mundo. A contrapelo de los quinientos años de intolerancia ejercidos por la Iglesia Católica, el gobierno colonial, el estado burgués y el estado proletario— apelando siempre al cimarronaje cultural—, saldrá adelante este mundo poblado por santos, espíritus y muertos, en el que la ceiba, la cigaraya, la palma, la suerte y el aché forman parte indisoluble del paisaje natural y social, rural y urbano.

La vida cotidiana del pueblo cubano está inmersa en los intercambios con las entidades sobrenaturales: un porcentaje muy alto de los cubanos es creyente o ha tenido alguna experiencia de intercambio con el más allá. El resto "respeta" esas cosas... Esta visión del mundo no es privativa de "los de abajo", ni de los negros, aunque allí y entre éstos sea más visible: ciertamente el espiritista y el santero son una suerte de psiquiatra de los pobres, pero en Cuba sería difícil aislar un sector de la sociedad

El pueblo cubano ingresará en el siglo 21 con una visión mágico-religiosa del mundo que ha sobrevivido a medio milenio de encuentros y desencuentros, hasta convertirse en uno de los elementos que lo definen.

que no esté en contacto directa o indirectamente con alguno de los sistemas mágico-religiosos.

Esta visión mágica del mundo se corresponde con la idiosincracia de un hombre y una mujer marcados por la insularidad, el mar, los ciclones, el sol y la montaña; un carácter independiente que no gusta de dioses impersonales y lejanos, sino que los crea a su imagen y semejanza: Changó, el negro valiente y mujeriego puede encontrarse jugando dominó o tomándose una botella de ron en cualquier esquina de La Habana o Santiago de Cuba; Ochún, la mulata coqueta y sensual, es imagen viva de millares de mujeres que caminan por las calles de Matanzas o Guantánamo moviendo acompasadamente sus caderas e invitando a mirarlas.

El pueblo cubano convive con santos, espíritus y muertos que pueden ser interpelados y hasta apremiados, entidades divinas o sobrenaturales a las que se agradecen milagros o pequeños favores y hasta se castigan si nos olvidan. La imaginación de los cubanos en este terreno es comparable con la de los griegos antiguos— comparación que en algunos podría motivar una sonrisa irónica, no exenta de prejuicios raciales—, pero no se trata de establecer similitudes o diferencias entre Zeus y Olofi o entre Poseidón y Yemayá; me refiero a la sabiduría que atesora este cosmos mitológico y particularmente a la relación entre los seres humanos y las fuerzas sobrenaturales.

Si observamos los efectos devastadores de la muerte de sus dioses entre los descendientes de las culturas indígenas del continente o el empobrecimiento de la cultura negra norteamericana a consecuencia de la desaparición de los dioses africanos ante el conjuro protestante, llegaremos a la conclusión de que uno de los grandes privilegios de la cultura cubana fue la conservación de su rica herencia mágico-religiosa.

El Dios de los católicos es quizás muy blanco para el gusto de un pueblo mestizo; prueba de ello es el probable amulatamiento progresivo de la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba; tampoco parece de su agrado un dios cuyo reino está en los cielos, porque

eso está muy lejos. La mayoría de los cubanos no aspira a un paraíso después de la muerte: ellos lo quieren aquí y ahora. El Dios de los protestantes es muy abstracto para mentalidad del pueblo cubano; para éste es difícil concebir un culto sin imágenes. ¿Dónde se ocultarían los cemias y orichas?

El pueblo cubano ingresará en el siglo 21 con una visión mágico-religiosa del mundo que ha sobrevivido a medio milenio de encuentros y desencuentros, hasta convertirse en uno de los elementos que lo definen. ¿Cómo funcionará este pueblo que busca conocer su futuro en las tiradas de los cocos y los caracoles del santero o en la pólvora del palero e interroga a los espíritus y negocia con los santos, en un mundo donde la revolución científica y tecnológica parece estar cambiando los cimientos sobre los que descansó la civilización después de las revoluciones neolíticas e industrial? ¿Morirán los santos, muertos y espíritus al ser introducidos en los programas de las computadoras o cuando las cámaras de cine y televisión hagan públicos sus secretos? Quizás por estar ya muertos no mueran y continúen protegiendo a este pequeño pueblo con sueños de gigante que los creó.

Detrás de la puerta de cada hogar cubano, Elegguá sigue retozando con los caminos de los hombres y las mujeres, sin prestar atención a la magia de la "mentira perfecta" creada por las computadoras de Hollywood. ¿Podrá el mundo de las tortugas ninjas o los dinosaurios del Parque Jurásico, creados para entretener al miembro de la sociedad superindustrial, dejar desempleados a santos, muertos y espíritus que ofrecen caminos, curan enfermedades, "dañan" enemigos y "amarran" hombres? La magia de la tecnología difícilmente pueda derrotar a la magia que tiene la friolera de cincuenta mil años junto al ser humano, por la sencilla razón de que apenas produce efímeros momentos de placer y enajenación: pero cuando se encienden las luces, el ser humano descubre que está solo y rodeado de los fantasmas de siempre.

El pueblo cubano del siglo 21 seguirá bregando con un universo natural y social muy semejante al presente. La Isla no recobrará la naturaleza paradisíaca que destruyó la plantación azucarera en el siglo pasado: tampoco podremos escapar a nuestro enclave geográfico y sus determinantes geopolíticos: no son previsibles cambios climáticos sutanciales en la región, por lo que el ciclón seguirá siendo la peligrosa bestia caribeña que siempre ha sido.

Hoy existe un proceso de globalización en marcha; se borran fronteras culturales, económicas y políticas. Las nociones tradicionales de soberanía nacional e identidad cultural tienden a desdibujarse en lo que algunos ya denominan la aldea global. Pero ¿qué significa todo esto en última instancia para mis vecinos, cuya vida es una lucha cotidiana

por la supervivencia, en la que sólo las telenovelas alimentan sus sueños? Ellos probablemente seguirán acudiendo al espiritista, al santero o el palero, cuando necesiten tomar una decisión importante para sus vidas.

Si el pueblo cubano puede utilizar su visión mágica como antídoto contra la desidentidad: si lograra, sin renunciar a sus dioses, insertarse en el mundo posmoderno, tal vez lo que fue hoy puede ser visto como el cordón umbilical que nos ata al mundo precientífico y le resulte útil para hacer realidad sus sueños.